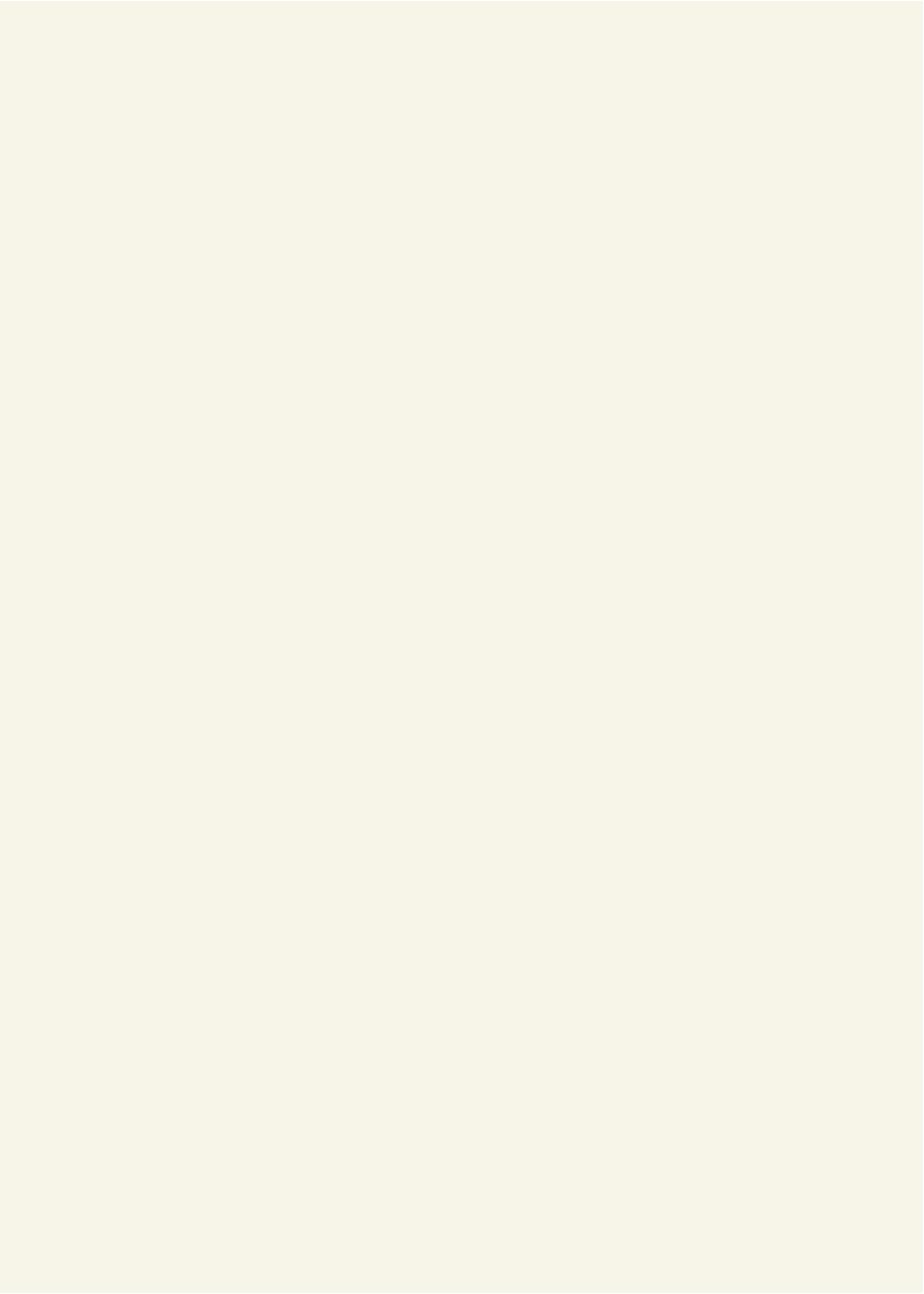
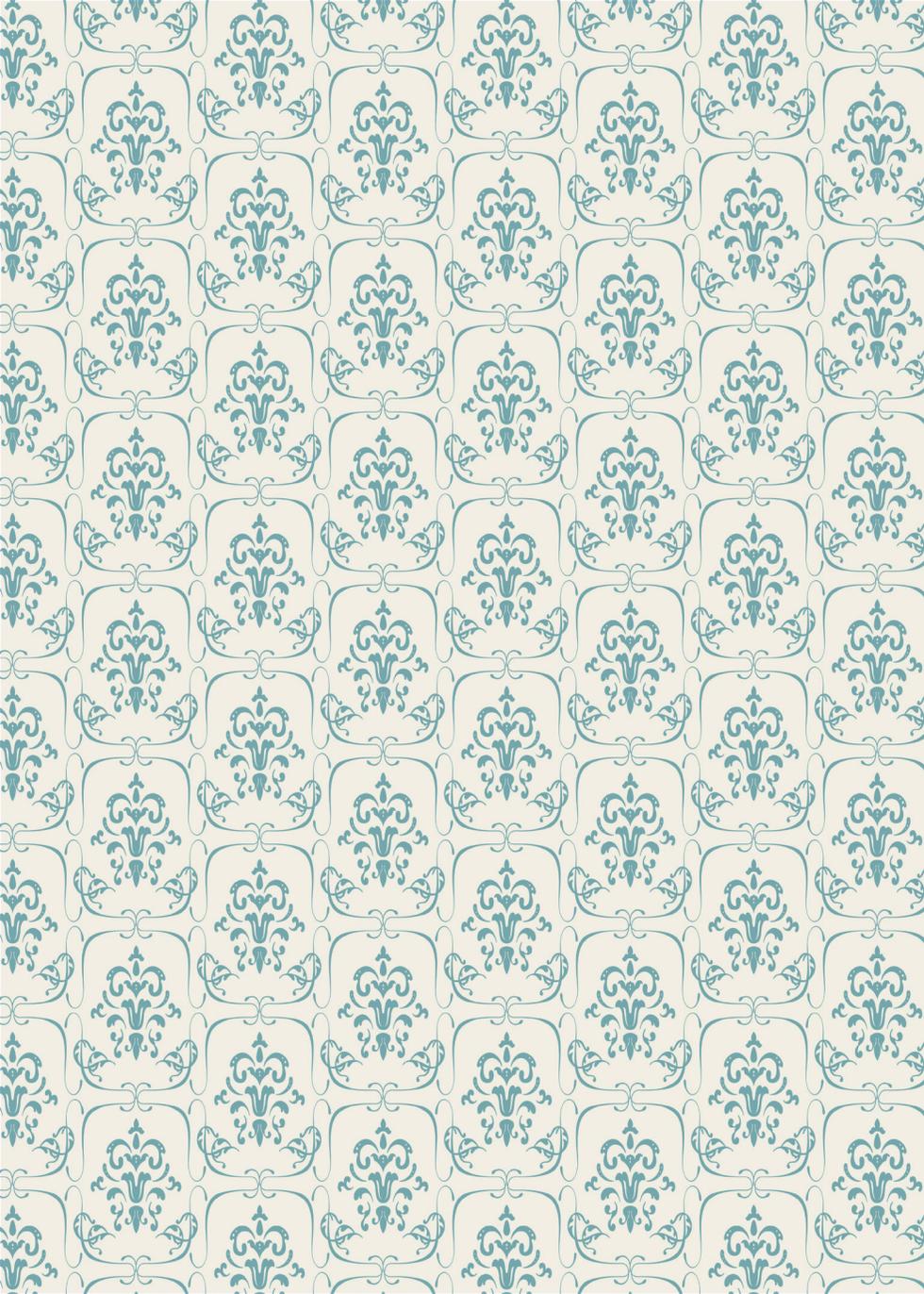


# DEJAME QUE TE CUENTE

Juan Carlos Gesualdo



# DEJAME QUE TE CUENTE

Juan Carlos Gesualdo



*«...mi memoria y mis conocimientos  
no son míos, son de todos.»*

Mauricio Rosencof

## El florecimiento de las convicciones.

### Hermano Carlos

—Buenos días, hermano Carlos.

—Hola, Juan Carlos, cómo andás?

—Bien, hermano, hace un rato con los compañeros estábamos hablando del partido que se viene. ¿A usted también le gusta el fútbol como a nosotros?

—Claro que me gusta.

—¿Va a venir a ver el partido contra Inglaterra mañana?

—Sí, Juan Carlos, voy a ir a ver el partido con ustedes mañana, no siempre se juega un partido como este, también yo estoy nervioso de solo pensarlo: contra los ingleses, en un mundial, ¡y encima en la casa de ellos, querido!

—Sí, hermano, los diarios dicen que tienen toda la fiesta preparada para quedarse con este mundial y que nosotros solo somos uno de los escalones a subir en el camino, pero yo hermano sueño con que los titulares de los diarios digan:

«Argentina se quedó con la fiesta que preparaban los ingleses». Ojalá mañana sea realidad.

—Vos sabés Juan Carlos porque ya lo hemos estudiado en Historia que Gran Bretaña siempre ha querido clavarnos sus garras. Lo hemos hablado varias veces en clases, ¿te acuerdas?

—Sí, hermano, me acuerdo que lo estudiamos este año y ya lo habíamos visto también el año pasado. Ellos desde la época de las invasiones inglesas de 1806 y 1807 que quieren quedarse con nuestras riquezas por las buenas o por las malas.

—¡Exactamente Juan Carlos, correcta tu apreciación! Gran parte de nuestras desgracias son producto de los engaños y las trapisondas que ejecutaron los ingleses a lo largo de años, qué digo años, ¡siglos! ¡Piratas! Así hay que llamarlos, Piratas! Aves rapaces que se hicieron ricos dominando los mares y robando en todos los países que sometieron y los hicieron colonias. Porque no fuimos las únicas víctimas nosotros, Juan Carlos, ¡no! también todos nuestros hermanos sudamericanos vienen sufriendo sus agresiones. Por eso

debemos conocer nuestra historia en profundidad para después poder obrar sobre nuestra realidad.

—Hermano, los ingleses desde siempre se llevaron nuestra carne y nuestros cueros. En el libro que usted nos pasó de Scalabrini Ortiz vimos que vinieron a diseñar y a construir acá los ferrocarriles para que sean funcionales a sus intereses económicos.

—¡Exacto, Juan Carlos, exacto! Pagándonos una miseria por nuestras materias primas! ¡Y a cambio qué hicieron? Nos inundaron con sus productos manufacturados que destruyeron todas las industrias del interior. ¡Los ingleses en sociedad con los porteños!, Juan Carlos, no nos olvidemos que los porteños siempre le dieron la espalda al resto del país.

—Y ahora, hermano, esa política de explotación que hacían los ingleses la continúan los yankees, ¿es así?

—Así es, ahora está el águila norteamericana queriendo rapiñar nuestras riquezas, los hijos que formaron y dejaron los ingleses.

—¡Qué historia la nuestra, hermano!

—Llena de desgracias y de luchas de resistencia. Por eso, Juan Carlos, debemos saber de dónde venimos, conocer la historia de nuestro país, quiénes han sido nuestros enemigos y nuestros amigos; quiénes han querido que vivamos siempre en la pobreza y quiénes los que realmente trabajaron y se preocuparon porque los pobres puedan vivir mejor, puedan acceder a un trabajo digno y no sean explotados como animales.

Porque no nos tenemos que olvidar nunca, Juan Carlos, que Jesús nació en la pobreza y tuvo una vida de lucha y ejemplo para desterrar de este mundo las desigualdades, por eso su mensaje es de amor y redención de los más necesitados.

—Nosotros los sábados, hermano, cuando vamos a ayudar al comedor del Saladillo muchas veces nos vamos llenos de tristes y de bronca. ¿Cómo puede ser que esas personas pasen hambre o que sigan viviendo en ranchos con piso de tierra y que los techos de chapa tengan agujeros y se les vayan lloviendo las casitas adentro? Usted vio,

hermano, que en esas casas se mueren de frío invierno y cuando en el verano son un horno.

—Claro, Juan Carlos, eso es la injusticia, exactamente eso. ¿Te acordás lo que charlamos los otros días con todo el grupo? Esos pobres viven pegados a una gran empresa como es el frigorífico Swift. ¡Justo estamos hablando de los ingleses! Ahí tenés una empresa inglesas actual, una de las tantas que siguen llevándose nuestras riquezas para afuera. ¿Y cómo sigue viviendo nuestra gente? En el medio de esa miseria que vemos cada sábado cuando vamos a dar una mano y a poner nuestro corazón entre ellos. Pese a que vivimos en un país rico hay gente que no puede alimentarse como Dios manda mientras otros se llevan nuestras mejores carnes adelante de nuestras propias narices. Juan Carlos, tenemos que redoblar nuestro esfuerzo para ayudar a cambiar las cosas y que llegue pronto el momento en el que no haya más pobres.

—¿Como hizo Jesús, hermano, no es cierto?

—Exactamente Juan Carlos. Si Él estuviese vivo, seguro que no permitiría que tantas personas

vivan inmersas en tantos sufrimientos y que haya una minoría que nos roben condenando a millones a vivir en la pobreza. Si Cristo estuviese hoy entre nosotros estoy seguro que caminaría junto a los pobres, junto a su pueblo, junto a los que trabajan duramente todos los días. Cristo hoy pondría las manos en la masa para que los pobres estén mejor y para que los ricos no sean tan poderosos.

—Eso es lo que tenemos que hacer nosotros, hermano.



1-395

Apellido GESUALDO  
 Nombre Juan Carlos  
 L. E. o C. --- c. 1280827

Hermano Juan



45 MARISTAS

## La inminencia de la noche.

Juan Ángel

Rosario, 23/I/1976

Gerardo, cumpa querido:  
 ¡Hola, cumpa! ¿Cómo andás hermano?? Va pasando el tiempo sin verte y empiezo a extrañarte cada vez más, extraño aquellas charlas en *La Buena Medida* acodados en la mesita de siempre, iluminados por los focos de los autos que subían por Rioja desde el Monumento hacia el centro. No fui más desde la última vez que estuvimos, unos días antes de tu cumple, en mayo. En realidad casi no he vuelto a pisar el centro, hermano. Nunca me voy a olvidar aquel primer encuentro pactado en *La Buena*, ¿te acordás? Te adelantaste unos minutos, después me di cuenta que a propósito, y ya habías elegido esa mesa pegada a la salida que da a Rioja, sin decirnos ni una palabra dirigimos al mismo tiempo las miradas



a la puerta medio abierta y largamos la carcajada mutua, cómplice.

No puedo dejar de decirte lo que ya sabés: estos son días tristes, cada vez más difíciles de vivir. Quiero terminar la facultad, me quiero recibir lo antes posible pero no logro concentrarme en esta puta materia, justo con Cirugía me recibo, el nombre me persigue como si me estuviera hablando de lo que nos está pasando en nuestro país. Me cuesta mucho concentrarme en la lectura de la materia. Imposible hermano, camino por la pieza con los apuntes en la mano, intento empezar a leer y la cabeza se me va para cualquier lado, levanto la vista y ahí están los afiches pegados o las fotos colgadas en las paredes que me miran, me hablan y hasta me cantan, Gerardo, todavía tengo colgada la tapa de la Cantata Montonera de los Huerque Mapu, que vos me regalaste. ¿Qué nos está pasando, Gerardo? Siento que nuestro sueño de construir el país para la felicidad de los más humildes está mal herido, se está desangrando. A veces me atrapa la bronca y la

tristeza, encima cada vez es más difícil ver y hablar con los cumpas. Algunos siguen convencidos que vamos a vencer, que la victoria será nuestra y que no está tan lejos. Me gustaría creerles, hermano, tener su optimismo, su convicción, si hasta a veces me critico por no sentir esa garra que hasta hace poco sentía que me llenaba el cuerpo todos los días. Pero no, de pronto me agarra una penosa sensación de que nos estamos desmoronando como esos castillos de arena que se derrumban cuando llega la ola y los deshace. Nos están cercando por todos los costados, por todos los frentes. Vos lo sabés bien, siguen cayendo compañeros en todo el país, en las ciudades, en el monte, en las fábricas nos tumban delegados, hasta en los colegios secundarios agarran a los pibes más chicos estos hijos de puta y los apretan. En tan poco tiempo hemos pasado de la alegría al miedo, del miedo al dolor, a tener que escondernos. ¿Qué más podemos hacer, Gerardo? La facultad era nuestra casa, nuestro punto de encuentro de todos los días, el lugar donde se suma-

ron tantos compañeros y donde hicimos enorme a la JUP, la empapelamos con nuestras consignas, ganamos el centro, metimos el decano, ¡y hoy está llena de servicios!, ¡tenemos que caminar con cuidado hasta por los pasillos de la facultad!, tomar medidas de seguridad impensadas. ¡Y la villa cada vez peor Gerardo! Te acordás la fiesta que fue *villa Banana* cuando ganamos las elecciones con el *Tío*, la villa entera era una enorme parrillada al lado de las vías, todos los vecinos y las vecinas cantando la marchita, bailando cumbia, meta vino y asado y festejando que habíamos vuelto al poder. Llevo grabadas esas imágenes de las viejitas llorando de alegría con la foto de Perón y Evita colgadas en el pecho. Ahí también, Gerardo, en pleno barrio, ya aparecieron los fachos mirando desde los autos con lentes negros o bajándose para averiguar, preguntando a los vecinos por el nombre de los médicos que vienen a atender al dispensario. La semana pasada estaba llegando a la villa y los vi con mis propios ojos: tres tipos sacándole de mentira verdad a la vecina

de al lado de la salita. Por suerte no me vieron y me rajé para adentro de la villa.

¿Qué vamos a hacer, cumpa? Hablamos con María Rosa de todo esto y no es fácil, dónde nos vamos a meter si de verdad los milicos terminan tomando el poder. Nosotros estamos con poca guita, sin casa propia, andamos de prestados, un poco en la casa de sus padres de su tía, y otro poco en lo de mi viejo, pero esta situación no va a poder seguir así para siempre.

Son muchísimos los cumpas que andan igual, que están al descubierto buscando una tapera donde poder esconderse. Tenemos que conseguir algún lugar que sea seguro o, lamentablemente, irnos, rajar. Ya hablé con vos este tema, Gerardo, pero ¿adónde nos vamos a ir? Si tenemos todo acá, los compañeros, las familias, los sueños que venimos armando hace tanto tiempo, el proyecto de tener una casita propia. No conocemos a nadie afuera del país y además ¿qué vamos a hacer nosotros en otro país? Me entero todos los días que hay cumpas que se están yendo, que los llaman otros

cumpas que ya están instalados en el exterior, pero nosotros no estamos decididos, queremos quedarnos, pelearla acá, no nos pueden arrebatar todo de la mañana a la noche, yo no sé vivir en otro lado, cumpa.

La compañera que me trajo tu última carta también me dejó el libro de Benedetti que me mandaste, me lo devoré en un rato y lo releo a cada rato. No puedo dejar de pensar en nuestra situación cada vez que repaso lo que dicen sus versos. No vas a creer lo que me pasó con ese libro, Gerardo. Yo no soy de soñar cuando duermo, al menos nunca recuerdo los sueños, pero las otras noches soñé que estábamos marchando con los compañeros, era acá en Rosario, íbamos bajando hacia el Monumento a la Bandera y todos me llamaban *Juan Ángel*, nadie me decía Juan Carlos o Hijitus. «¡Juan Ángel, Juan Ángel!», me gritaban, me señalaban, yo me daba vuelta y les hacía la V con las dos manos alentándolos a seguir para adelante. En un momento advertí que

era yo quien guiaba los pasos de la movilización, iba caminando por el centro de la columna y todos me miraban, me sonreían y me repetían «¡Juan Ángel, Juan Ángel, sos nuestra conducción!», y yo los llevaba hacia el Monumento, bajábamos por Córdoba cantando entre los bombos y los redoblantes, teníamos una bandera enorme con la cara de Evita pintada y a sus lados un fusil y una tacuara. Eva sonría y nos hablaba desde la bandera. Mientras avanzábamos yo escuchaba que todos los cumpas gritaban «¡Juan Ángel, Juan Ángel!!». Mirá como serán estos días, Gerardo que no recordé el sueño inmediatamente después de despertarme sino que fue a media mañana. Me había ido a caminar para despejarme un poco y no pensar tanto, enfilé justamente para el río, bajé por Salta a la altura de Universitario y me mandé para el lado del Monumento. Cuando estaba llegando y tenía el mástil enorme a la vista levanté la mirada y me vino todo el sueño de golpe: vi que venía bajando nuestra enorme columna llena de compañeros y compañeras con la bandera



8850/04

al viento que inflaba la sonrisa de Evita y me recordé saltando entre todos, abrazados por los cumpas que me gritaban con alegría «Juan Ángel, Juan Ángel, vamos con vos Juan Ángel». La calle real, Gerardo, estaba vacía, solo traía un par de autos y de bicicletas. Me puse a llorar. No sé qué más decirte hermano, cómo me gustaría cebarte unos mates y que nos vayamos caminando despacito a la cancha por Avellaneda a ver al Canalla. Ojalá al menos que podamos seguir conectados por esta vía. Avisame en cuanto puedas si lo tuyo se dio, así al menos acá tenemos algún motivo para sonreír. Te abrazo fuerte, Gerardo, en mi nombre, en el de María Rosa y en el de todos los cumpas que te extrañan tanto. Hasta pronto hermano, ¡hasta la victoria!

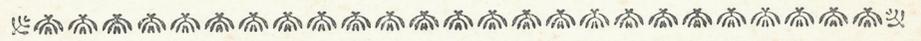
Juan Carlos (Juan Ángel)



**GESUALDO, Juan Carlos**  
 Doc. Ident.: 5.522.278  
 Facultad: Odontología



*Mar del Plata - febrero 21 de 1973*



## La historia con ella.

### Parque Baigorria

—Mirá, Juan Carlos, la cosa es así: nosotras vamos a ir esta tarde a tomar mates al parque de Granadero Baigorria.

—Ajá.

—¿Te acordás que te conté los otros días que está muy bueno ese lugar para ir a pasar la tarde?

—Sí.

—Vamos siempre a tomar mates ahí, es un lugar muy lindo con mucha naturaleza, lo debés conocer Juan Carlos, los domingos a la tarde suele juntarse mucha gente.

—No sé, no estoy seguro si alguna vez estuve, ¿cómo vas hasta allá?

—En la M, la tomamos allá en mi barrio, por San Martín y nos deja en boulevard Rondeau, casi en el mismo parque. ¿Qué te parece, venís?

—Sí, puede ser.

—Hoy vienen las chicas del Grupo Misionero,

las que te presenté los otros días, que entraron a militar en la JUP hace poco.

—¿Con las que estuvimos el sábado charlando en el Astral?

—¡Esas! Cristina y Susana son de Derecho, y Angélica y Mercedes estudian Filosofía en Humanidades.

—Sí, me estuvieron contando en el bar que se encuadraron en la JUP a fines del año pasado.

—Tal cual. Están re enganchadas con todas las actividades que empezaron a hacer con la JUP y militan todo el día. Las convencí para que hoy se salgan un poco y nos vayamos a disfrutar de una tarde de sol en el parque de Baigorria.

—Las otras noches no paraban de hablar, me dijeron que están muy interesadas en avanzar con su participación en el frente universitario, pero a la vez no quieren dejar los cursos de alfabetización que dan en la villa donde tiene su capilla el padre Nicolau.

—Sí, Juan Carlos, hace años que vienen trabajando en la villa con el padre. No solo coordinan las tareas de alfabetización y ayudan a los chicos con

las cosas de la escuela, hace un tiempo comenzaron a darles asesoramiento legal a los vecinos y los ayudan a organizarse para que logren la colocación de las cloacas y el agua potable en el barrio.

—¡Muy bien!

—Quieren armar una organización barrial que se encargue de gestionar estas mejoras para el barrio.

—María Rosa, estas chicas me comentaron algo que me dejó pensando: no tenemos que perder el contacto con la gente del pueblo, con los más humildes. No tenemos que abandonar nuestra militancia en el territorio porque corremos el riesgo de quedar atrapados en una política de discursos vacíos alejándonos de ese contacto fundamental con los compañeros de las barriadas que más nos necesitan.

—Podés venir hoy Juan Carlos y aprovechás para seguir charlando con ellas. Me dijeron que te quieren consultar sobre la historia de tu militancia en la universidad. Yo les conté que vos empezaste a militar en la facu en la época

de la dictadura, que estuviste en el FIP antes de sumarte a la JUP y que fuiste consejero en las elecciones del '73.

—Bueno, dale, hoy me puedo sumar, iba a empezar a estudiar Cirugía pero arranco mañana.

—¡Si la rendís ahora en diciembre te recibís, Juan Carlos!

—No creo que termine de prepararla para este llamado. Además ya te conté que estoy cruzado con el titular de la cátedra, me tiene marcado por mi militancia política y no le caigo para nada bien, me va a hacer parir para aprobarla.

—¡Qué hijo de puta!

—Sí, es un gorila terrible, seguramente la voy a dar en marzo. La tendré que preparar bien en el verano.

—Claro, ¡podemos estudiar juntos, Juan Carlos...!

—La verdad que es una buena idea, porque pasarse todo el verano encerrado estudiando solo no es un buen programa.

—¡Buenísimo, ya está, estudiamos juntos! Yo todavía no sé qué materia voy a estudiar, pero tengo varias.

—Dale, yo te doy una mano.  
—Juan Carlos, ¿qué tomás desde tu casa para venir al parque?  
—Calculo que la M, igual que ustedes, pasa cerca de casa.  
—¡Tenés razón, si vos estás en Urquiza y Avellaneda a un paso del Viaducto!  
—Exacto, camino un par de cuadras y lo tomo. Nos encontraremos en el parque.  
—O quizás, si coordinamos el horario, te subís justo en el coche en el que venimos nosotras. Quedamos en salir a las tres desde San Martín y Seguí.  
—Sería una gran coincidencia, María Rosa, que me suba justo en el mismo ómnibus. En ese caso guardame un lugar al lado tuyo.  
—Dalo por hecho, ese lugar es tuyo.



Documento 625.299  
Fecha de Nac. 2/2/49

SU PAPA  
JUAN



## El fin de una cotidianeidad.

### *Dos Jack*

Juan Carlos camina en busca del kiosco que está por Avellaneda, antes de llegar a San Lorenzo. Al finalizar el almuerzo, advirtió que María Rosa tiene ganas de comer algo dulce, chocolate quizás, y en la heladera de su padre no hay nada atractivo.

—Voy hasta el kiosco, amor —anuncia.

—¿Ahora Negro? ¿si nos tiramos un rato primero? Son las dos y media de la tarde, seguro que está cerrado —le dice María Rosa tomándole la mano con dulzura.

—No. Está siempre abierto, amor, ¿te acordás que pusieron el timbre para cuando cierran la ventanita?

—Bueno, andá, pero apurate, metele pata, el bebé ya está pateando, te espero en la cama.

—No me demoro, ya vuelvo, amor.

Juan Carlos sale de la casa y mientras cruza Urquiza reconoce un malestar que no logra ubicar

en ninguna parte precisa de su cuerpo.

Es la hora de la siesta y salvo dos o tres autos que suben o bajan el Viaducto extendido sobre las vías del ferrocarril, no hay casi movimiento en las calles.

Camina hasta el kiosco, junto a la ventanita está el timbre colocado la semana anterior para que las personas que necesitan algo cuando esté cerrado el pequeño negocio familiar puedan llamar y hacer su pedido. Toca el timbre, espera, pasa un minuto largo y no atiende nadie. No sabe qué hacer, no quiere molestar más por un tonto antojo de momento. Decide dejarlo para más tarde y emprende el regreso hacia la casa paterna, ese prolijo chalet que adorna la esquina de Urquiza y Avellaneda, pero antes de llegar recuerda que hay un otro kiosco que suele estar abierto a esa hora, en la esquina de Lavalle y San Lorenzo, por lo que regresa sobre sus pasos, pasa nuevamente ante la ventanita cerrada y a lo lejos ve a una mujer joven con su niñita que salen de la puerta del otro kiosco. ¡Confirmado!, está abierto. Ingresa,

saluda y le pide al muchacho que lo atiende dos chocolatinas *Jack*:

—Hola, quiero dos *Jack*.

—¿Me va a decir que todavía junta los personajes?!

—le contesta en broma el comerciante, y ambos se ríen.

—Algo de eso hay, ¿sabés lo que pasa? Es el chocolate que más me gusta, el más sabroso, viste que ahora salieron esos que tienen aire adentro, pero para mí no tienen gusto a nada, no le llegan ni a los talones a los *Jack*.

—En eso tiene razón, son un poco más caros por el juguetito pero son riquísimos.

—Además, la verdad, te digo que todavía me emociono cuando lo tengo en la mano y el celofán ese que lo envuelve no me deja ver qué personaje trae. Me agarra una ansiedad, unas ganas de saber qué va a pasar cuando lo abra.

Ambos se ríen, Juan Carlos paga, saluda y se va. Mientras camina se pierde en un pensamiento: será papá en unos meses, le parece imposible estar atravesando este momento en medio del

cambio abrupto que ha vivido su cotidianeidad desde que los milicos se han lanzado a cazar compañeros desembozadamente. Una sensación extraña y desconocida lo invade, es una mezcla de alegría enorme y tristeza inmensa. Un ser maravilloso le dirá «*papá*», aunque siente que no sabe si podrán subsistir en este mundo en el que parecen cercados por todos lados. «Voy a ser *papá*», se repite la frase una y otra vez y no puede impedir que una sonrisa se le instale en la cara. Lleva clavada la mirada en la palabra *Jack* impresa sobre el celofán del chocolatín. Cada letra de un color distinto, como sus pensamientos redirigidos hacia lugares y situaciones diferentes.

Al doblar la esquina y tomar Urquiza, casi sin quererlo, casi por instinto, levanta la vista y al enfocar la mirada en la esquina siguiente, exactamente en la casa donde vive su padre hace más de treinta años, desde la que ha salido no hace más de cinco minutos, observa a dos hombres parados en la puerta, fusil en mano, están de espaldas a él y golpean la puerta del chalet con una

de las culatas. Recorre con la mirada unos metros y ve en la calle dos autos cruzados, un Falcon gris y un Peugeot 504 azul oscuro. En un primer momento se queda paralizado, no sabe qué hacer, pero un segundo después, como si lo tomara una fuerza extraña de los hombros, Juan Carlos siente que su cuerpo es lanzado con paso rápido pero sin demostrar zozobra a cruzar Urquiza y perderse lo más rápido posible rumbo a calle Tucumán. Rápidamente llega a Bordabehere, la última calle que lo separa de las vías del ferrocarril, salta el alambrado que divide la plaza de las vías y se empieza a perder entre los vagones viejos. Se esconde, mira hacia atrás, se arrastra. Constata que no viene nadie, no se escuchan pasos, no se escucha nada más que algún motor atravesando el Viaducto. Al rato llena el silencio un chirrido de gomas arrancando con violencia.

«Si yo no estoy en la casa no les van a hacer nada», se repite una y otra vez tratando de tranquilizarse, mientras se asoma de su escondite dentro de un vagón cerealero que ha quedado

fuera de juego con los años.

Un calor demasiado intenso se ha apoderado de todo su cuerpo, está agitado, le laten con fuerza las sienes. No sabe qué hacer, quiere acercarse a la casa pero algo en su interior se lo impide, piensa en María Rosa, piensa en su padre que estaba durmiendo la siesta, sobre todo piensa en el bebé que lleva su compañera en la panza y que pronto le dirá «*papá*».

Después de otro rato decide salir con cautela del vagón, levanta la vista hacia el Viaducto, todo sigue igual, algunos autos continúan pasando, bajando y subiendo.

De repente recuerda los dos chocalines Jack que llevaba en el bolsillo, los busca, pero no hay rastros de ellos.



### Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

*Dejame que te cuente* es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración

**Dirección del proyecto**

Lucas Almada

**Diseño gráfico**

Valentina Militello

**Redacción**

Esteban Langhi

**Comité editorial**

Daniel Fernández Lamothe

Andrea Ocampo

Lucas Almada

**Coordinación general**

Viviana Nardoni

**Municipalidad de Rosario**

**Intendente**

Pablo Javkin

**Secretario de Cultura y Educación**

Dante Taparelli

**Subsecretario de Industrias Culturales y Creativas**

Federico Valentini

**Director del Museo de la Memoria**

Lucas Massuco



Municipalidad  
de Rosario



